

La medicina, un humanismo a la deriva

Dr. Álvaro Bustos González
Decano FCS, Universidad del Sinú -EBZ-
Montería, Colombia

“Siempre que los hombres dan un solo paso hacia adelante en el dominio de la naturaleza externa, mediante el arte de la organización y de la técnica, deben antes haber dado tres pasos hacia dentro en el proceso de maduración ética”.

Novalis.

En el lenguaje de los marineros se le dice derivar al cambio de dirección de un buque, y andar a la deriva significa que la ruta se ha perdido, que el riesgo de naufragio es elevado. La práctica de la medicina, como consecuencia de su deshumanización, anda a la deriva, y ya va siendo la hora de detenerse a hacer una evaluación sincera sobre lo que pervive de verdadero en las ciencias médicas, para derivar hacia formas más humanas del ejercicio profesional. Cuando se habla de humanismo en medicina no se está proponiendo un regreso a las concepciones de la antigüedad greco-latina ni se trata de una referencia a las humanidades dentro de la formación cultural del médico: se pretende decir que la medicina, cuyos fundamentos teóricos parten del conocimiento científico, no es una ciencia en un sentido estricto sino una actividad intelectual que debe estar orientada hacia el bienestar de unos seres humanos que tienen emociones y esperanzas. Es el reconocimiento de que el hombre debe ser el fin de toda sabiduría, quitándole arrogancia al postulado de Protágoras, quien lo creía la medida de todas las cosas.

Ya no se justifica una reacción romántica contra la ciencia y la tecnología. Lo que estamos viviendo es una época, presumiblemente transitoria, que se agotará cuando se desarrolle a plenitud, o que, de la mano de sus fracasos, será regida en el futuro por un principio diferente al de la eficiencia, ya que hasta ahora lo que hemos visto es una descripción maravillosa del fenómeno patológico pero no una comprensión profunda del ser enfermo ni del ambiente donde se desarrollan sus enfermedades. La vida se ha medicalizado y ello supone que la salud depende de algunas drogas y de algunas conductas médicas. Ya el hombre no preside su muerte, y la técnica ha invadido hasta el último minuto su tiempo de vivir. Se ha olvidado que al médico no le basta una educación científica, que muchas veces necesita recurrir a sus intuiciones, al empirismo y a cierta sensibilidad clarividente; no se reconoce en la tecnología el mérito de sus creadores sino que se le asignan a ella unos atributos propios, superiores a los del hombre que la hizo posible. Se considera que la máquina es infalible, y muy pocos le conceden

importancia a la honda crisis de una civilización que se fundó en la búsqueda racional de los aspectos objetivos de la existencia, con menoscabos de aquellas cosas intangibles que le confieren sentido a la vida.

El cambio de dirección en el ejercicio de la medicina podría darse si se restaura el valor del pensamiento clínico. El conocimiento acumulado y la experiencia tecnológica deben servir para enriquecer los criterios intelectuales de la práctica médica, de tal suerte que las ideas sobre el diagnóstico y el tratamiento trasciendan lo meramente semiológico para llegar a un ámbito renovado en donde la perspicacia y la comprensión le permitan al médico un enfoque integral de los problemas, con prescindencia de exámenes superfluos, regido por la destreza de sus juicios. La lucidez no debe estar recluida en los laboratorios. El médico debe volver a ser capaz de depender, en lo esencial, de sus razonamientos e impresiones, y de utilizar las pruebas paraclínicas con un criterio restrictivo, bajo la idea germinal de que el acto médico, ese momento en que se miran a los ojos una confianza y una conciencia, también debe ser un acto de austeridad y de valor.

Estas ideas se fundan en la realidad de un país subdesarrollado como Colombia, privado de recursos por la incuria de sus dirigentes, en donde la tecnología es objeto de dos clases de abusos: el exceso propiamente dicho, y su utilización errática, que dependen de un precario esfuerzo clínico, de una tendencia perniciosa hacia el facilismo diagnóstico y de una deformada percepción sobre lo que es hacer "ciencia". Todo esto se debe a que desaparecieron los maestros a la cabecera del enfermo. De otro lado y como expresión de los exabruptos de nuestro atraso, cuando los dolientes llegan a la sala de urgencias, los médicos internos, imbuidos por la gravitación de los especialismos, hacen un traslado inmediato del paciente al terreno de las sofisticaciones sin que nadie se ocupe de evitarle gastos y procedimientos desproporcionados e inútiles. Es tan importante el tema de los costos en la práctica médica, que muchas universidades norteamericanas, a pesar de su opulencia, lo tienen como asignatura en sus facultades de medicina.

Una nueva noción del trabajo médico implicaría una resacralización del ser humano, como lo pedían los idealistas del siglo XIX, y una revaloración del pensamiento clínico a partir de las conclusiones de los filósofos contemporáneos, quienes admiten que el conocimiento científico es conjetural por naturaleza y que está compuesto de convicciones efímeras, en las que la intensidad de la luz aumenta la magnitud de las sombras, porque cada duda resuelta acrecienta en igual proporción el campo de las incertidumbres. La propuesta de una revaloración del pensamiento clínico conlleva también el criterio orteguiano de que el individuo puede ser especialista, pero la ciencia no, porque ésta debe estar en trance permanente

de reconstitución, alimentándose de todo aquello que nutre a las otras áreas del saber humano, ensanchando siempre los contornos de sus verdades fugaces, para que el conocimiento sea lo que debe ser: un cuerpo de certezas volátiles que le hacen bien a la humanidad.

En toda vocación humanística se encuentra una recóndita preocupación por el arte de pensar. Al humanismo no se recurre para darle al médico unos adornos culturales sino para ayudarlo a descubrir su esencia y la de sus enfermos, y para instigarlo a poner sus conocimientos al servicio de finalidades humanas, no comerciales. De ahí que no parezca prudente cambiar el sentido del término paciente, al que se atribuye con malevolencia un significado cercano a la resignación, por el de cliente, como si la relación del médico con el enfermo fuera simplemente un asunto de "calidad total", en el que priman los criterios empresariales sobre los deberes prístinos de la solidaridad y la compasión.

Y pensar que toda la falla estructural de la medicina de nuestro tiempo se debe al error filosófico tricenenario de haber pretendido separar el alma del cuerpo, lo que ha llevado a buscar en lo somático todas las enfermedades, a prosternarse ante el poder de la tecnología y a olvidarse de las cosas sencillas de la vida, como los cambios de actitud y la recuperación de los valores no permisivos, en los que puede estar el secreto, y a la vez el misterio, de la salud y la felicidad.